



Paso de "El Encuentro", propiedad de la Ilustre y Venerable Congregación de Jesús Nazareno.

VIR DOLORUM

El dolor siguió al primer pecado como un justo castigo de la transgresión de la ley divina y como un medio de reparación del grave daño inferido por la culpa al pecador. El pecado es desorden y el desorden es origen del dolor, pero éste se convierte en medicina del pecado, cuando se soporta con resignación. Providencia amorosa de Dios fué que el hombre pecador encontrase en lo que era consecuencia natural e inevitable de la culpa el remedio de su mal.

Por esto, Nuestro Divino Redentor no vino al mundo a suprimir el dolor, sino a divinizarlo, sometiéndose Él, que era inocente de toda culpa, al castigo de la culpa, y haciendo del dolor el medio de reconciliación entre Dios ofendido y el hombre culpable.

Nuestro Señor Jesucristo realizó una obra que es propia sólo de Dios: convirtió las humillaciones en triunfos y la cruz en trono de gloria; muriendo, triunfó de la muerte, y desde un patíbulo afrentoso, comenzó a reinar sobre los hombres. El título de *varón de dolores*, que le dió Isaías, es título de su divino poder, porque sólo el que es omnipotente por naturaleza, puede convertir los oprobios y los escarnios de los hombres en aureola de gloria y en instrumento de dominio sobre todo el género humano.

Los cristianos no podemos participar de los triunfos de Cristo, sino participando de sus dolores. Por eso la vida cristiana es abnegación, es sacrificio, es resignación y rendimiento a la voluntad de Dios; y es preciso que no olvidemos esta verdad, en tiempos en que la sociedad parece retornar a la molición que imperaba entre los hombres antes de que Jesucristo nos hubiese predicado desde la Cruz el valor inapreciable del dolor sufrido con resignación y la necesidad de aceptarlo como medio único de participar de la vida gloriosa, que está prometida al luchador valeroso, que no retrocede en el cumplimiento de su deber ante ningún sacrificio, por grande que éste fuere.

† EL OBISPO DE SALAMANCA.

La Sagrada Pasión

en el *Romancero espiritual* del Mtro. Josef de Valdivielso.

CONFIESE que mi intención primera fué muy otra de la que por fin me ha cautivado la atención y el tiempo.

Porque entreteniéndome mis solaces literarios con el examen de un nuevo *Ternario espiritual* de Joan de Timoneda, recientemente descubierto, al tropezar allí, entre otros personajes bíblicos, con José de Arimatea, transformado en el SEÑOR ABARIMATÍA, me ocurrió hacer unos apuntes sobre la popularización de los personajes de la Pasión Sacrosanta en nuestros antiguos poetas.

Mas, al ir en busca de materiales para mi estudio, un

amigo cariñoso puso en mis manos el *Romancero espiritual* del Mtro. Josef de Valdivielso, y en él quedé tan dulcemente prendido, tan encantado de la gracia, sentimiento, elegancia y piedad de aquellas bellísimas canciones, de aquellos candorosos villancicos, de aquellos ingeniosos romances, que no dudé en cambiar de propósito y ofrecer a los piadosos lectores, en esta Semana Santa, algunas florecillas de tan ameno y rico pensil; sin volverme atrás la consideración de que, arrancadas de su rosar nativo y ofrecidas en artificioso ramillete, resultasen mezquino trasunto de su natural belleza y muestra pobre de los tesoros de fragante aroma de piedad y riquísimo colorido de fantasía que el *Romancero* encierra.

Yo me he reconciliado con el piadoso Maestro, natural de Toledo y capellán mozárabe de aquella Catedral.

Es decir, me he reconciliado con el poeta. Lo conocía muy poco personalmente. Algún villancico, no por cierto de los mejores; algunas escenas de las más conceptuosas de sus Autos y unas octavas de su *Vida, excelencias y muerte del gloriosísimo Patriarca S. José*, que aunque no me movían del todo a llamarle, como un crítico, «enfadosa epopeya sacra», me inclinaban más a quererle como piadosísimo varón, que a admirarle como altísimo poeta.

Y me alejaba más de su lectura la recomendación que a los *insomnes* hacían de sus obras los apuntes de crítica literaria que estudié en mis mocedades.

Verdad es que al huir de su lectura no me abandonaba por completo algún escrúpulo nacido primeramente del gran predicamento que gozó en su época, siendo ella edad de tan esclarecidos ingenios, y luego de la admiración y amistad que le concedían Cervantes, de cuyas obras fué censor varias veces, y Lope, a quien asistió en el lecho de muerte.

Digo, pues, que me reconcilié con el poeta, porque como *hombre* ¿quién no había de admirarle viendo empapadas de dulcísima devoción sus obras y considerando que, puesto que tenía (como asegura un editor suyo y esclarecido literato), un *lozanísimo ingenio*, no quiso jamás profanarle ejercitándolo en otros empeños que no

fueran los de cantar los más excelsos misterios de la Religión?

Por fin, leí su *Romancero* íntegro, editado nuevamente por el que entonces era P. Miguel Mir, S. J., y algunos de sus Autos recogidos por Pedroso en la edición Rivadeneira, y hallé ser muy justos los extremados elogios que entrambos reeditores hacían del Maestro Josef, el uno poniéndole entre los primeros líricos de nuestra poesía religiosa y mística y el otro, colocándole a la cabeza de los que en su tiempo escribieron Autos, y haciéndole compartir solamente su reinado con los excelsos Lope y Tirso.

Es el *Romancero espiritual del Santísimo Sacramento*, una colección de poesías líricas de muy diversos géneros, dedicadas todas, más o menos directamente, a celebrar tan Augusto Misterio. Hay, es verdad, algunas composiciones allí que no encajan en el título del libro; por ejemplo: las dirigidas a la Inmaculada, con ocasión de las buenas nuevas que venían de Roma, augurando feliz éxito para las negociaciones de Felipe III,

Que dicen que es un santico,

según escribe Valdivielso.

Por cierto que en esas piecitas, escritas a lo villano, hay una alegría tan franca y hasta regocijadamente gárrula, que bien pudiera aplicarse al mismo poeta lo que dice su aldeana:

Y pues que me dan licencia
 Que pueda habrar, habraré
 Más que un tordo y una urraca,
 Mas... qué más que una mujer?...

Otras composiciones, aunque no son directamente eucarísticas, están hechas en loor de algún Santo para decir las estando expuesto el Señor; tal es la de San Martín, tan oportuna como lo pueden dar a entender sus dos últimos versos:

Fiestas de dos capas tiene la Iglesia;
 mas de media capa, sólo la vuestra.

Por fin hay algunas que cantan la vida de Jesucristo, ya en su Nacimiento, con delicados villancicos, ya en su

Jesucristo y la humanidad.

VERDES el polvo de la tierra ingrata,
humanidad perdida,
y allá en las misteriosas soledades,
de tu alma marchita
las añoranzas roen,

que a la faz de los siglos agoniza
y sus amargas lágrimas
las nuestras dulcifican;
sus heridas sangrientas
las nuestras cicatrizan;

La resistencia física
de Jesucristo, hombre.

ASARON ya, por fortuna, los tiempos en que los
«sabios» —menguados sabios!— se reían de
la Biblia, como de un tejido de absurdos, según
el cual la luz fué anterior al Sol;

Pero aún hay más: hay la ascensión al Calvario,
subiendo la enorme cruz; el tormento horrible de la
crucifixión; y con las manos y pies descoyuntados y
desarticulado el pecho, aún vive seis horas y han de
rematarle de un lanzazo...

Luis de la ESCOSURA.

El llanto de Magdalena.

BA a morir Jesús... Sobre la cumbre,
en torno de las cruces se agitaba,
y febril y nerviosa blasfemaba
la abigarrada y ebria muchedumbre...

El dulce Redentor, con mansedumbre,
la escena aterradora contemplaba,

De santa compasión henchido el seno,
abrazada a los pies del Nazareno,

Suelto el cabello, trémula y llorosa,
con sus labios de luz, como una rosa,

¡Amor! ¡Amor! ¡Amor!... ¿Quién ha clavado
tus manos redentoras a ese leño?...
Al destrozarte así, mi dulce Dueño,

¡Oh paloma sin hiel, lirio sagrado,
ángel de luz con quien de noche sueño!...

¡Quiero estar a tu lado, Jesús mío,
hasta que el necio populacho impío
recoja el fruto de su rabia loca,

Y recibir aquí, puesta de hinojos,
las últimas miradas de tus ojos
y las últimas frases de tu boca!...

Te vi una tarde azul, por vez primera;
una tarde de inmensa poesía,

Como el espacio azul tu manto era...
El viento que en las flores se mecía
con su leve suspiro estremecía

En un celeste resplandor envuelto
te vi de lejos avanzar resuelto
por el blanco camino de Emaús...

Y desde aquel momento venturoso
mi corazón impuro, pero hermoso,
palpitó solamente por Jesús...

Te vi otra vez, y cual paloma herida
por la garra cruel de los milanos,

Y al comprender que estaba arrepentida
de mis delirios locos y mundanos,

Prometí obedecer, y lloré tanto,
que bañé con las gotas de mi llanto
de tus pies el blancor alabastrino...

Y en este corazón que fué de cieno
murió la llama del amor terreno
y ardió la hoguera del amor divino...

Magdalena calló... Sintió asombrada
que la tierra de horror se estremecía,

Fijó en la faz de Cristo la mirada
y notó que amoroso sonreía,

Después le vió cerrar los dulces ojos
y con sus labios, por la sangre rojos,

Y al verle reclinarse hermosa frente,
abrazada a sus pies, gritó doliente:

Miguel R. SEISDEDOS.

El Israelita.

AMINANDO siempre errante, con todo su avaro
pensamiento absorto por impetuoso delirio de
eternas y atrevidas codicias, indiferente a hu-

Infinitamente desagradecido, avezado a una existen-
cia cuyo lema es el abandono, sin patria ni afectos, sin
vínculos de amor, a través de la Historia, ha sido el

Aislado por completo, sólo se conmueve y acelera
su corazón ante las grandes combinaciones bancarias,

Tal vez por la crueldad de los Césares Tito y Adria-
no, colaboradores en la obra de destrucción de la patria

En diversas ocasiones han pretendido recuperarse la
perdida Palestina. Con su ídolo, «el oro», al que equivo-

En no muy remota ocasión y por meros antojos de
felicidad yo lo he llegado a ver. Yo he vivido
cerca de él. Era un vejete de extraño contraste,

Y le he visto en Viernes Santo, ordenar inqueleto y
afanoso dentro de su lóbrega y misteriosa bureau las

El vejete, sumido en un laberinto de grandes con-
fusiones, para mí difíciles de adivinar, conteniendo dos

Heliodoro MAESTRE.

A la sagrada Cruz.

(Hermosísima composición de Fr. Diego de Ojeda).

DAME, Señor, que cuando el alba bella
El cielo azul de blancas nubes orne,

Y cuando el sol por la sublime cumbre
En medio esté de su veloz carrera,

Cuando el sueño a los ojos importante
Los cierre, allí tu Cruz se me presente,

Cuando estudie en el arte soberana
De tu Cruz, la lección humilde aprenda;

Y yo, mi buen Señor, te mire ornado,
Lleno de sangre y de sudor cubierto;

Ya en el pretorio con rigor desnudo,
Y con furiosos látigos herido;



